

Los Estudios Bíblicos

Lección del 16 de agosto

Pablo habla al pueblo

Versículos clave: «Y él dijo: El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, veas al Justo y oigas la voz de su boca. Porque serás su testigo ante todos los hombres de lo que has visto y oído». Hechos 22:14, 15

Pasaje bíblico seleccionado: Hechos 22:1-21

En la lección de hoy, escuchamos al apóstol Pablo relatar ante sus hermanos judíos en Jerusalén la experiencia de su conversión a Cristo en el camino a Damasco. La elección de Saulo de Tarso por parte de Dios —cuyo nombre más tarde se cambió a Pablo— desconcertó a los discípulos del Señor cuando ocurrió. Existía una hostilidad abierta entre los líderes de la Iglesia primitiva y Saulo, pues solo lo conocían como un perseguidor de cristianos. No comprendían que su lugar de nacimiento, su educación y sus antecedentes lo habían preparado para su misión especial entre los gentiles. Era ciudadano romano, bien educado, profundamente religioso y provenía de una familia farisea. Era celoso de la Ley y de las promesas de Dios a Israel. (Hechos 26:2-5; Filipenses 3:4-6) No era malvado, como la Iglesia primitiva lo veía comprensiblemente, sino sincero y devoto en sus acciones. Al creer que los cristianos se oponían a la ley de Moisés, Saulo los perseguía de buena fe.

Como Pablo era sincero pero estaba espiritualmente ciego, el Señor lo detuvo para que pudiera cambiar de rumbo. Su celo se redirigió de perseguir a la iglesia a servir a Cristo y a sus seguidores. No se trató del cambio de rumbo de un hombre corrupto, sino de la corrección de uno honesto. Dios ahora lo designaría como la persona idónea para predicar el mensaje del Evangelio tanto a judíos como a gentiles.

Dios no impone la fe a nadie, sino que revela su Verdad a los corazones sinceros. Saulo estaba equivocado en su juicio, pero tenía buenas intenciones, por lo que el Señor le abrió los ojos. En el camino a Damasco, según relató Pablo, una luz resplandeciente del cielo lo envolvió y cayó al suelo ciego. Entonces oyó: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Cuando preguntó quién hablaba, la respuesta fue: «Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues» (Hechos 22:6-8). Esto muestra cuán estrechamente Cristo se identifica con su pueblo. Perseguirlos es perseguirlo a él. Esa Verdad debe guiar nuestra conducta hacia cada miembro del cuerpo de Cristo.

Saulo preguntó de inmediato: «¿Qué debo hacer, Señor?» (Hechos 22:10). Esto fue una entrega total de su voluntad. Una vez que comprendió la verdad acerca de Cristo, estuvo listo para entregarle su vida. La misma respuesta debería caracterizar a los creyentes de hoy. Aquellos que alguna vez estuvieron cegados por el error, pero que son sinceros, deberían responder a la verdad con gratitud, celo y una vida de servicio.

El Señor envió a Saulo a Damasco, donde Ananías, un discípulo respetado y devoto, se enteró de que

este nuevo converso había sido elegido especialmente para llevar el nombre de Cristo ante los gentiles, los reyes e Israel —y para sufrir por ese llamado—. Saulo no había visto a Cristo en toda su gloria divina, pero vio lo suficiente para saber con certeza e e que Jesús había resucitado y sido glorificado. (Hechos 22:11-13) Ananías fue quien le dijo a Saulo las palabras de los versículos clave de hoy, encomendándole la misión de predicar el mensaje del Evangelio como «testigo ante todos los hombres».

Pablo fue un testigo fiel de lo que había visto y oído. Lo mismo debería ser cierto para nosotros. Primero debemos comprender la Verdad por nosotros mismos antes de poder compartirla fielmente con los demás. Al igual que Pablo, confiemos en la voluntad de Dios al dar testimonio del mensaje del Evangelio.